

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

# **Alteridades históricas y medios de comunicación. Discursos periodísticos y conflictos obreros en Argentina a comienzos del siglo XX .**

Lucrecia Gringauz y Sebastián Settanni.

Cita:

Lucrecia Gringauz y Sebastián Settanni (2009). *Alteridades históricas y medios de comunicación. Discursos periodísticos y conflictos obreros en Argentina a comienzos del siglo XX. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/452>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# **Alteridades históricas y medios de comunicación**

## **Discursos periodísticos y conflictos obreros en Argentina a comienzos del siglo XX**

***Lucrecia Gringauz - Sebastián Settanni***

*Facultad de Ciencias Sociales – U.B.A. / IDAES - UNSAM*

*lucreg@hotmail.com*

*sebzet@gmail.com*

### **CAMPO DE INTERLOCUCIÓN, “SER NACIONAL” Y CONFLICTOS OBREROS**

El propósito de este trabajo es analizar las formas de construcción de la otredad en nuestro país a partir del discurso puesto en escena a través del campo periodístico en referencia a dos acontecimientos que tienen por protagonistas a obreros y peones rurales. Como punto de partida asumimos, junto con Segato (1998), que el Estado posee un rol crucial en la delimitación de las fronteras que conforman el binomio ‘nosotros/otros’, en la caracterización de cada elemento del par y en el establecimiento de los actores que ocupan cada uno de ellos.

Creemos aquí, siguiendo lo postulado por esta autora, que la nación (entendida como el conjunto de los sectores administrados por el estado, estructurada a partir de grupos de interés específicos y

modos de relación particulares), se constituye como campo de interlocución, en el que ciertas formas de identificación son posibles y otras desechadas; y dentro del cual el Estado despliega diferentes estrategias de unificación y de relación con los distintos grupos sociales, en su carácter de interlocutor privilegiado. Y, sobretodo, consideramos que es en el marco de este campo de interlocución donde se gestan las “alteridades históricas”, es decir “... una modalidad peculiar de *ser – para – otro* en el espacio delimitado de la nación donde esas relaciones se dieron, bajo la interpelación del estado” (Segato, 1998: 63 [cursiva en el original]). De modo que estas primigenias estrategias dan lugar al surgimiento de tradiciones e identidades distintivas, y al ámbito y modalidades de interacción, constituyendo un sistema de “‘formación nacional de alteridad’ con un estilo propio de interrelación entre sus partes” (Segato, 1998: 47). Así, al tiempo que se establece un ‘nosotros’, por medio de lo que se denomina “identidad nacional”, se produce, en contraposición, la configuración de un ‘otros’. Por ello, concebimos aquí a la nación, en tanto que sentido de pertenencia, como referencia identitaria y como organización específica de la heterogeneidad y desigualdad (Grimson, 2006).

Para el caso argentino, la nación debió erigirse en la confluencia de una miríada de etnias diferentes. A la confluencia de españoles, criollos, indios y negros que poblaban la región desde tiempos virreinales, a partir de fines del siglo XIX se sumarían -con una intensidad sin precedentes a nivel mundial-, los inmigrantes de ultramar, en su mayoría provenientes de Europa. El *crisol de razas* se convertiría en el sello distintivo de la escena nacional durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX; escena que sufrió una serie de hondas transformaciones políticas, sociales y culturales. En ese contexto, el imperativo de definir el “ser nacional” fue la preocupación sobresaliente, explícitamente formulada por los intelectuales que jugaron un papel decisivo “en la construcción de mitos unificadores y en la elaboración de la identidad colectiva” (Sigal, 2002: 3).

La especificación de unos atributos nacionales asimilables a la “argentinidad”, signó la pretensión de integración de los inmigrantes a la sociedad nacional. En ese sentido, como señala Grimson (2006), el proyecto de argentinización debe comprenderse ante todo como un acto político, cuyo fin era “que la nación se comportase como una unidad étnica dotada de una cultura singular propia homogénea y sostenible” (Segato, 1998: 49). Para ello, fue necesario el desplazamiento de toda categoría de origen que implicara una marca: “la ecualización cultural, a través de un proceso de producción de neutralidad étnica, fue percibida como una condición para el acceso a la ciudadanía” (Segato, 1998: 58). Esa ciudadanía, en realidad, más que corresponderse con un conjunto de derechos adquiridos, parecía más bien vinculada por la pertenencia a un “nosotros” constituido en

torno de la idea de civilización, cuya contracara, la barbarie, quedaba reservada como atributo demarcatorio de los “otros”.<sup>1</sup>

Las protestas obreras de las primeras dos décadas del siglo XX ponen en evidencia algunas de las fisuras de ese proyecto que se erigía sobre un conjunto de poderosos mecanismos de asimilación de las masas inmigratorias. Junto con la presencia de un “otro” que cobra visibilidad a raíz de los conflictos (enmarcados, según la conceptualización de la época, en la “cuestión social”), se evidencian las líneas demarcatorias que se erigen como divisoria entre intereses y sectores antagónicos. Las fronteras y la configuración del par *nosotros/otros* presentan su carácter de construcción histórica, toda vez que se producen reacomodamientos y reajustes.<sup>2</sup> En ese contexto, una serie de medidas de carácter represivo, implementadas a través de los poderes del Estado (entre ellas, la ley de Residencia, de 1902; o la ley de Defensa Social, de 1910), acompañan la preocupación por el “ser nacional”, que cobra cada vez mayor preeminencia y suma nuevos desafíos.

El corpus que tomamos para nuestro análisis está formado por los discursos periodísticos que los medios gráficos construyeron acerca de dos conflictos significativos protagonizados por obreros y peones rurales. En principio veremos de qué manera estos acontecimientos fueron convertidos en noticia.<sup>3</sup> Pero además, a partir de lo publicado por los diarios representativos de la “prensa burguesa”, buscamos analizar las características que asumió la otredad articulada en los discursos de los medios de comunicación hegemónicos.<sup>4</sup>

Los sucesos escogidos son los enmarcados dentro de lo que luego se conocería como “semana roja” y como “Patagonia rebelde”. La “semana roja” -de 1909, durante la presidencia de José Figueroa Alcorta- remite a la primera huelga general del país que contó con el apoyo de las dos centrales obreras del período (la FORA, anarquista y la UGT, socialista), la cual se desencadenó cuando las fuerzas policiales comandadas por Ramón Falcón irrumpieron en la manifestación anarquista del primero de mayo disparando sobre la multitud y dejando como saldo una decena de

---

<sup>1</sup> Es alrededor de las consignas sarmientinas y alberdianas de “civilización y barbarie” y de “gobernar es poblar” que se define el ideario de la nación que se está configurando (Halperín Dongui, 1987). A partir de entonces, “... los conflictos sociales y políticos fueron descifrados, durante mucho tiempo, en términos de la alternativa entre civilización y barbarie” (Sigal, 2002: 3).

<sup>2</sup> Sigal (2002) señala, por ejemplo, que para el nacionalismo elitista los inmigrantes eran los nuevos bárbaros que, debido a su mal uso de la lengua y a sus costumbres, ocuparon el lugar que otrora detentaban los indios en la representación de los márgenes de lo social.

<sup>3</sup> Asumimos aquí que el pasaje de un acontecimiento a la categoría noticia es, necesariamente, “el resultado de un trabajo en producción cuyo primer paso consiste en la aplicación discrecional de los criterios de noticiabilidad establecidos por el medio” (Martini, 2000: 84). Entendemos, entonces, a la noticia como “... la construcción periodística de un acontecimiento cuya novedad, imprevisibilidad y efectos futuros sobre la sociedad lo ubican públicamente para su reconocimiento” (Martini, 2000: 33).

<sup>4</sup> Dejamos de lado los medios gráficos identificados con los sectores trabajadores, para focalizar sobre los discursos de matutinos y vespertinos cuyos productores y lectores pertenecían mayoritariamente a sectores medios y altos, tales como *La Nación*, *La Prensa*, *La Razón* y *El Diario*.

muertos y más de ochenta heridos. El otro episodio, el de la “Patagonia rebelde”, refiere a dos huelgas rurales ocurridas en Santa Cruz en 1920 y 1921, durante la presidencia de Hipólito Yrigoyen. La primera finalizó, luego de la intervención estatal, a favor de los peones rurales; mientras que la segunda llegó a su fin después de los fusilamientos llevados a cabo por el Tte. Coronel Héctor B. Varela, enviado al sur por el Poder Ejecutivo.

En ambos casos, el Estado manifestaba su potestad represiva a través de las fuerzas portadoras de la violencia legítima. Pero, más allá del carácter represivo de la acción estatal, estos dos eventos nos permiten, por un lado, señalar la relación entre el Estado y la configuración de alteridades en el marco del proyecto puesto en marcha por los arquitectos de la nación;<sup>5</sup> y, por otro, analizar la vinculación entre ese proyecto y esas alteridades, y las configuraciones discursivas puestas a circular por la prensa. Nos preguntamos, entonces, junto con Said (2004), ¿qué se representa?, ¿quién lo representa? y ¿cómo se representa al otro?

## **PERIODISMO DE PRINCIPIOS DE SIGLO. UN CAMPO EN FORMACIÓN Y TENSIÓN**

El período que nos ocupa puede considerarse también como un momento de evidente y profunda transición en los medios de prensa. La cuestión nodal para pensar el proceso de cambio podría resumirse como “la tensión entre un ideal de prensa independiente, a cargo de periodistas profesionales y una larga tradición de prensa partidaria, ligada a las luchas entre facciones políticas” (Saitta, 1998: 30).

Junto con la inclusión de nuevas tecnologías, el proceso productivo se vio también alterado por la creciente profesionalización de la tarea periodística, lo que trajo aparejada la consolidación de la figura del escritor asalariado, y una nueva división del trabajo al interior de las redacciones (Rivera, 1998). Además, el nuevo estilo de prensa norteamericano (caracterizado por el énfasis en la primicia, el empleo de grandes titulares e ilustraciones llamativas) ganaba progresivamente terreno en detrimento del clásico diario de opinión.

---

<sup>5</sup> Nos referimos al proyecto de consolidación nacional corporeizado en las figuras representativas de la comúnmente llamada “generación del ‘80”.

A pesar de que los diarios eran mayoritariamente propiedad de personalidades vinculadas a los sectores dirigentes, nuevos imperativos comenzaron a confluir con el de divulgar proyectos político-ideológicos particulares: por entonces, “los medios de prensa participan en una puja contra otros medios de prensa en la que tratan de convertirse en los más serios, los más prestigiosos, los de mayor tirada, los de palabra más autorizada, los de prédica más legítima, etc.” (Sidicaro, 1993:12).

Es en este período cuando el campo periodístico comienza a consolidarse, lo cual supone la existencia de relaciones de fuerza entre los agentes intervinientes en él, y la configuración de los principios y propiedades que le otorgan su autonomía relativa dentro del conjunto de la sociedad (Bourdieu, 1997). Esta progresiva autonomización del campo -siempre resultante de un proceso histórico y ligado a una sociedad determinada (Altamirano, 2006)-, no debe concebirse en términos de absoluta independencia: el periodismo local mantuvo, históricamente, una estrecha ligazón tanto con el campo político como con el literario. En ese sentido, creemos que la tensión, los intercambios y los préstamos, las reglas precarias y los desvíos constantes, caracterizan, en términos generales, al campo periodístico de la época.<sup>6</sup>

En cuanto a la formación de la nación, y de acuerdo con Ramos –quien retoma la tesis de Anderson respecto de las *comunidades imaginadas*-, “el periodismo produce un público en el cual se basan, inicialmente, las imágenes de la nación emergente. El periódico no es sólo un agente consolidador del mercado -fundamental para el concepto moderno de la nación- sino que también contribuye a producir un campo de identidad, un sujeto nacional, inicialmente inseparable del público lector del periódico” (Ramos, 1989: 93) Y, ese sujeto nacional, en la interpelación de la prensa, es indefectiblemente también un sujeto racional. Siguiendo a Ramos, “el periódico no sólo cristalizaba la ‘racionalidad’, el orden que se identificaba con la estabilidad y delimitación nacional, sino que permitía extender ese orden a las zonas insubordinadas de la ‘barbarie’” (1989: 93).

---

<sup>6</sup> A tono con lo afirmado, Sigal (2002) sostiene que los campos culturales de sociedades periféricas que rechazan o se apoyan en los centros metropolitanos, restringen aún más su autonomía.

## **DE ‘TRABAJADORES’ A ‘BANDOLEROS’: LAS TRANSFORMACIONES EN EL CAMPO DE INTERLOCUCIÓN Y SU CORRELATO EN LA REPRESENTACIÓN MEDIÁTICA DE LOS CONFLICTOS OBREROS.**

Afirmábamos que el Estado es un interlocutor privilegiado en la tarea de dar forma al ‘otro’ interior, pero no es el único; también “... los medios de comunicación, (...) colaboran en esta operación desde posiciones más o menos hegemónicas según los contextos históricos, culturales y políticos” (Rodríguez: 2004: 9). De esta manera, entendemos que a través del análisis de las noticias, en tanto portadoras del sistema social (como un conjunto de significados, prácticas y creencias), es posible advertir las características que asume el orden institucional, político e ideológico. Es decir que, en las representaciones construidas y publicadas por los medios de comunicación, se observarán aspectos pertenecientes al orden cultural dominante (Hall, 1980). Por ello, la aparición de un “nosotros” y de un “otros” asume distintas representaciones, apelaciones y límites, en cada uno de los conflictos aquí abordados. Así, los sentidos sobre los que se establece la identificación nacional que la prensa contribuye a crear, no son en modo alguno ajenos a los que el campo de interlocución de la sociedad nacional prescribe, ni al contexto histórico en el que circulan. En definitiva, los medios gráficos, en su búsqueda de posicionarse en el incipiente campo periodístico como actores poseedores de voz autorizada y legítima, se esfuerzan por poner en escena un discurso verosímil de acuerdo a los imaginarios de época,<sup>7</sup> y cuyos rasgos particulares se definen a partir de las características del contrato de lectura (Verón, 1985) y lector modelo (Eco, 1981) construido por cada uno de ellos.

Ambas huelgas suponen la aparición en sociedad de un ‘otro’ cuyas prácticas tienen un marcado sesgo disruptivo, en relación con las conductas socialmente aceptadas. El conflicto, antes que configurado como un antagonismo político, se presenta en términos culturales: una vez más, el fondo sobre el que se recortan las caracterizaciones de los sectores en disputa parece ser el de la antinómica divisoria de civilización y barbarie; construcción recurrente y siempre a la mano, a la hora de caracterizar los desvíos de las clases subalternas.

Sin embargo, la antinomia adquiere distintos matices según el momento histórico de que se trate. En 1909, la huelga obrera se configura en la prensa como una situación sumamente conflictiva

---

<sup>7</sup> Entendido el discurso verosímil como aquel que “... coincide con un discurso generalizado en la sociedad, el del sentido compartido por algunos (amplios o no) sectores de una sociedad” (Martini, 2002: 9).

(recordemos que se trataba de la primera huelga general del país en la que confluían las centrales gremiales anarquistas y socialistas), que exige la búsqueda inmediata de la recomposición del orden:

El carácter que está asumiendo este movimiento no permite abrigar dudas respecto a la necesidad imperiosa de buscar una vía de solución cualquiera a fin de que la calma vuelva a imperar en el espíritu público acongojado en estos momentos por los hechos sucedidos y por los que pueden suceder. (*La Razón*, 4ta. edición, 4/5/1909).

Son ante todo las acciones violentas las que provocan la “congoja del espíritu público”; espíritu éste que se configura como amenazado tanto por la violencia que irrumpe desde fuera -encarnada en el anarquismo-, como por la que es esgrimida por la fuerza pública estatal:

Así como la población de la ciudad, que detesta la plaga del anarquismo, tuvo un solo estremecimiento de repulsión al saber el ensañamiento sangriento con que fueron reprimidos los desmanes seudo anarquistas del 1 de mayo, así también la masa de habitantes de esta gran metrópoli va opinando con rara unanimidad que el paro ocasionado por aquellos sucesos no debe ni puede prolongarse un día más. (*La Nación*, 6/5/1909).

No obstante, la medida extrema de los huelguistas -que ha paralizado la ciudad capital y los centros urbanos más importantes del país-, no es necesariamente sindicada como la causa primera -ni última- de la pérdida del orden. Así, la protesta de los trabajadores se articula en algunos discursos periodísticos como respuesta ante las medidas y acciones de otros actores, en esferas ajenas a la laboral:

...nadie pone en duda que la policía ha procedido con excesiva dureza (...) aparte de los lamentables acontecimientos de anteayer, existen otras causas que vienen determinando de tiempo atrás un visible malestar entre las clases trabajadoras. El alza de los artículos de primera necesidad les ha creado una situación evidentemente difícil (...) a la policía toca la parte principal en las responsabilidades del lamentable episodio. (*La Nación*, 4/5/1909).



En ese sentido, es posible reconocer que en el marco de la “semana roja”, la condición de trabajador (incluso la de trabajador inmigrante huelguista), no conlleva su inmediata asimilación a un “otro” radical e irreductible. De hecho, la expectativa de asimilación de la clase trabajadora se cuele permanentemente en los discursos de los medios gráficos. Incluso cuando el día 7 de mayo ocurre la explosión de una bomba -atribuida al accionar anarquista- en un tranvía, el repudio que presentan todos los diarios no supone la culpabilización de los obreros en su conjunto. De acuerdo con *La Nación*, por ejemplo:

Sabemos que la enorme masa obrera de Buenos Aires no es responsable de este crimen y que solidarizarla con él fuera (sic) incurrir simplemente en un error, que sólo la más ciega de las obcecaciones puede acoger. (*La Nación*, 8/5/1909).

La prensa gráfica, a tono con la apuesta oficial por una configuración nacional inclusiva, y en línea con el espíritu del Centenario,<sup>8</sup> da por descontada la posibilidad de incorporación de los obreros en un orden social en el que, en todo caso, será la violencia el rasgo más saliente en el trazado de la frontera entre “nosotros” y los “otros”. En ese sentido, vale destacar la caracterización que realiza *El Diario*:

...el obrero es en Buenos Aires, por regla general y con excepciones contadas, sincero y obediente. A la masa proletaria, salvo en los casos de huelgas sistematizadas, se la maneja y encarrila fácilmente sin apelar a la extraña violencia (*El Diario*, 4/5/1909).

Años más tarde, ya bajo el primer gobierno surgido del voto universal, secreto y obligatorio (aunque sólo para la población masculina), habiendo dejado de ser una cuestión nodal la nacionalización de los inmigrantes, y con cierto temor frente a las noticias provenientes de Moscú, las representaciones de los actores y sus prácticas dan cuenta de las transformaciones ocurridas en el campo de interlocución de la nación. Los límites del ‘nosotros’ son redefinidos, como veremos a continuación.

---

<sup>8</sup> Seguimos a Romero, quien señala que fue en la afirmación de lo nacional en donde más notoriamente se manifestó el espíritu del Centenario: “La idea de patria adquirió un valor convencional en las frases hechas; pero arrastraba un sentimiento auténtico e innegable que se difundía y operaba en el complejo social como un vivo estímulo para la reducción de lo heterogéneo en lo homogéneo, para la absorción de los grupos humanos de diverso origen en la colectividad” (Romero, 1965: 60).

En su trabajo, Bayer (2004b) señala el elevado nivel de noticiabilidad que poseían los acontecimientos que se sucedieron en la tierra patagónica. Pese a la lejanía del escenario del conflicto respecto del centro de poder nacional, el tema era abordado diariamente por la prensa debido a que las casas matrices de las sociedades comerciales que tenían propiedades en el sur se encontraban en Buenos Aires.

Las configuraciones de la prensa burguesa sobre los hechos poseen un marcado carácter de uniformidad: su negativización. En el caso de *La Nación*, la operación más recurrente tiene que ver con la negación del conflicto gremial y su construcción como un hecho policial.<sup>9</sup>

Sería inexacto considerar como movimiento obrero huelguista la serie de perturbaciones que se vienen produciendo actualmente en el territorio nacional de Santa Cruz (...). Todo lo que allí ocurre es simplemente un caso de bandolerismo desaforado en grande escala... (*La Nación*, 7/01/1921).

Esta operación llevada adelante por el matutino, debe ser entendida en un marco de la acérrima oposición al gobierno de Yrigoyen la cual se acrecienta ante la multiplicación de las huelgas, y las dudas sobre la capacidad y la voluntad del radicalismo para hacerles frente (Sidicaro, 1993).

Un marcado sesgo cultural aparece junto a la representación en tanto hecho policial. Así, aludiendo a la existencia de ‘bandas de forajidos’, *El Diario* afirma que:

...la barbarie autóctona ha recobrado lo que habían conquistado la civilización y los sacrificios de los antecesores (*El Diario*, 7/01/1921).

Sólo al enlazar la huelga con los sucesos rusos, se repone su carácter político para luego, nuevamente, sancionarlo en términos culturales.

Las noticias (...) dan la impresión de que en Santa Cruz pasa algo de eso que el telégrafo internacional nos transmite de Rusia (...). Se nota que ya se ha iniciado allí el proceso de regresión que ha llevado a la Rusia a la barbarie originaria... (*El Diario*, 1/12/1921).

---

<sup>9</sup> Esta operación justifica que, luego de los fusilamientos llevados a cabo por orden del gobierno radical, nada se publique sobre los hechos y se los represente como enfrentamientos con ‘bandas de asaltantes’, cuyo feroz accionar necesita de la intervención del ejército para “...dar asistencia a tanto *poblador meritorio*” (*La Nación*, 10/01/1921 [subrayado nuestro]).

En contraposición con los relatos privilegiados durante los sucesos de la “semana roja”, aquí no cabe la expectativa de integración de los peones rurales, caracterizados ahora como ‘bandoleros’. Incluso las acciones estatales tendientes a la mediación y al diálogo con el “otro”, son sancionadas discursivamente. El campo de interlocución ya no admite:

... arreglar el conflicto sin sangre, siendo lo más práctico desarmarlos a viva fuerza (*La Nación*, 13/02/1921).

A la violencia simbólica ejercida sobre el objeto, presente en toda representación mediática (articulada sobre una acción de captura, selección y síntesis del objeto), le sobreviene una exigencia de empleo de la violencia física frente a la amenaza que suponen las conductas desplegadas; moldear y asimilar al otro ya no es un camino posible. Los cambios en el campo de interlocución tienen su correlato fáctico cuando el gobierno decide, para poner fin a la segunda huelga, enviar al ejército a fusilar a peones y dirigentes sindicales, a pesar de la supresión de la pena de muerte que había sido dispuesta el 1 de octubre de 1922.

## **A MODO DE CONCLUSIÓN**

Asumiendo el rol de interlocutor privilegiado que le cabe al Estado en la configuración de un campo de interlocución en base al cual se moldean las particularidades de la sociedad nacional, nos hemos propuesto aquí observar la manera en que se articula la definición del ‘otro’ en los discursos de la prensa gráfica, entendidos éstos como enunciados que se producen bajo ciertas condiciones económicas, sociales y políticas e institucionales pero que, a la vez, buscan situarse como reproducción exacta de lo real (Verón, 2004).

Hemos tomado dos eventos de gran relevancia política y mediática de principios del siglo XX para analizar, por una parte, las convergencias presentes entre los lineamientos del proyecto de argentinización oficial y la configuración discursiva de los actores sociales de la nación a través de la prensa gráfica; y por otro lado, las variaciones y redefiniciones ocurridas en el campo de interlocución (y en los discursos de los medios), entre un conflicto y otro.

Así, hemos observado cómo los medios de comunicación ponen en circulación ciertas categorías de identificación en las que, en consonancia con la configuración estatal, la otredad parece constituirse

a partir de un desplazamiento desde el antagonismo político hacia la diferencia cultural. Aún cuando ya hubiera operado el imperativo de abandono de las marcas étnicas de origen, la remisión a la antinomia civilización/barbarie, se ubica en el centro de la escena.

Sin embargo, lo que también nos interesa señalar es que en los medios de prensa, se hace visible cómo la diferencia cultural opera de modos notoriamente distintos en 1909 y en 1920. Si, ante los sucesos disruptivos de la semana roja, lo que prima es el señalamiento de la violencia como el sesgo de lo inadmisibile, esta violencia no es atribuida única ni globalmente a los integrantes del movimiento obrero. El trabajador (“sincero y obediente”, al decir de *El Diario*) así como representa un actor necesario para el proyecto nacional, sigue teniendo reservado un lugar en la configuración social del “nosotros”. En cambio, apenas una década después, los trabajadores (urbanos o rurales) no sólo se construyen como encarnación de la violencia y la barbarie (calificados ahora como “bandoleros”) sino que además la única posibilidad para con ellos pasa a ser la expulsión o la aniquilación. Su otredad parece haberse vuelto incuestionadamente irreductible a los ojos de los actores que, desde posiciones hegemónicas, encarnan los valores de la civilización.

## Bibliografía

- Altamirano, C., (2006) *Intelectuales. Notas de investigación*, Bogotá, Grupo editorial Norma.
- Bayer, O., (2004a) *La patagonia rebelde. Los bandoleros*, Grupo editorial Planeta, Buenos Aires.
- -----, (2004b) *La patagonia rebelde. La masacre*, Grupo editorial Planeta, Buenos Aires.
- -----, (2004c) *La patagonia rebelde. Humillados y ofendidos*, Grupo editorial Planeta, Buenos Aires.
- -----, (2004d) *La patagonia rebelde. El vindicador*, Grupo editorial Planeta, Buenos Aires.
- Bourdieu, P., (1997) *Sobre la televisión*, Barcelona, Ed. Anagrama.
- Eco, U. (1981) *Tratado de semiótica general*, Barcelona, Lumen.
- Grimson, A. (2006), *Interculturalidad y comunicación*, Barcelona, Grupo Norma.
- Hall, S., (1980) “Codificar y Decodificar”, en *Culture, media and language*, Hutchinson, London, Trad.: Silvia Delfino.
- ----- (1984) “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”, en Samuels R. (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona.
- Halperín Dongui, T., (1987) *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Martini, S. (2000), *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Ramos, J., (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, FCE, México.

- Rivera, J. (1998), *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel.
- Romano, E., (2004) *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos-El Calafate.
- Romero, J. L., (1965) *El desarrollo de las ideas en la sociedad Argentina del siglo XX*, México, FCE.
- Rodríguez, M.G. (2004) “Medios, protesta y experiencia en Argentina”, en *Nómadas*, Nro. 20, Departamento de Investigaciones, Universidad Central de Bogotá.
- Said, E., (2004) *Orientalismo*. Barcelona, DeBolsillo.
- Saítta, S. (1998), *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Segato, R. (1998), *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*, Prometeo, Buenos Aires.
- Sidicaro, R. (1993), *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana.
- Sigal, S., (2002) *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- Steimberg, O. y Traversa, O., (1997) “Para una pequeña historia del lenguaje gráfico argentino”, *Estilo de época y comunicación mediática*, Buenos Aires, Atuel, Colección del círculo.
- Verón, E. (1985) “El análisis del ‘contrato de lectura’: un nuevo método para los estudios de posicionamiento de los soportes de los media”, en *Les Medias: expériences, recherches actuelles, applications*, IREP, París.
- ----- (2004) *Fragments de un tejido*, Gedisa, Barcelona.